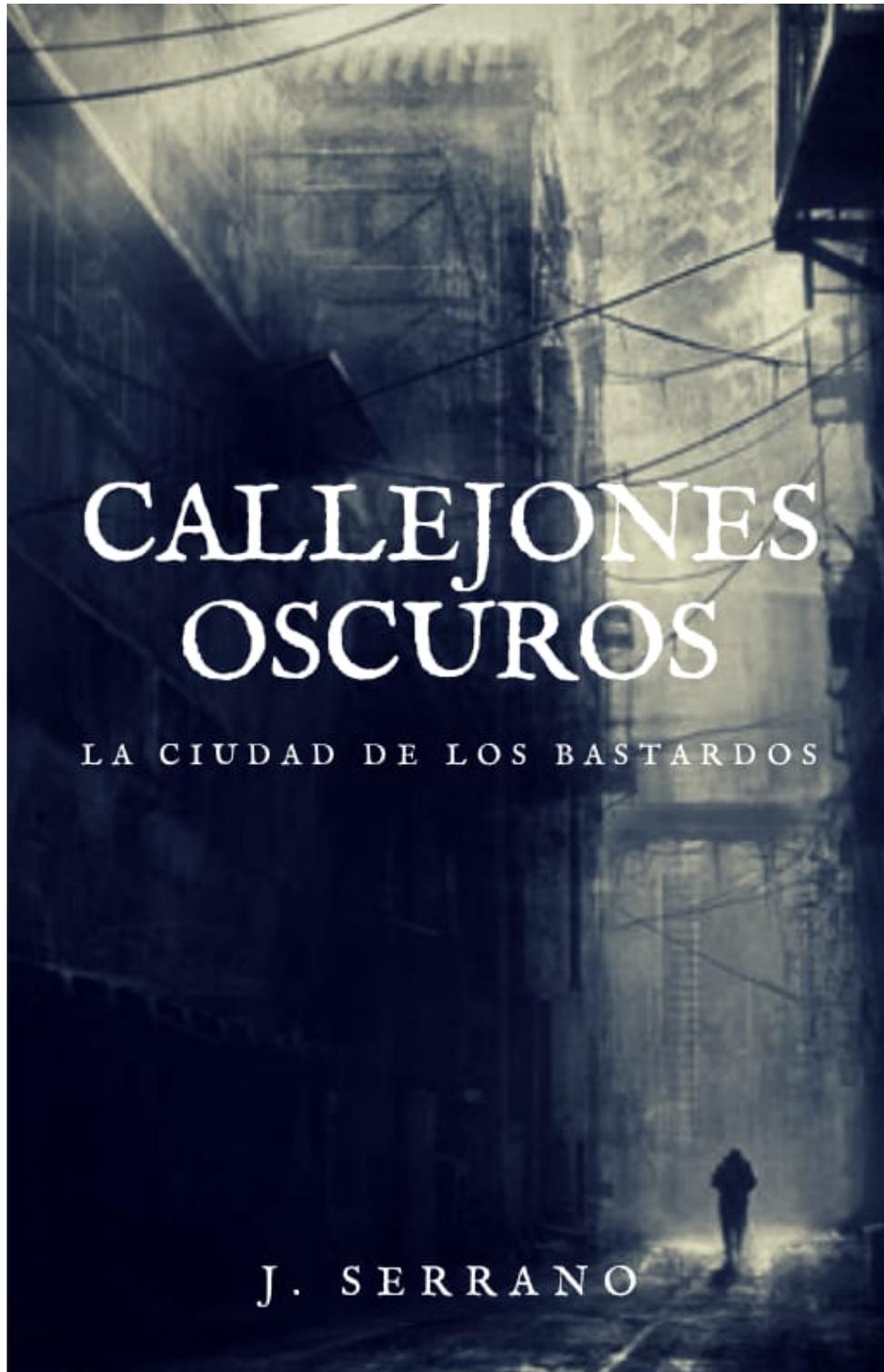


La ciudad de los bastardos. Callejones oscuros.

J Serrano



Capítulo 1

El sujeto de chaqueta oscura y silueta robusta se escabulló dentro de otro callejón; el tercero de la calle, el quinto en el cual buscaba. Movía sus pies como un gato en casería, pero mantenía la mirada serena mientras masticaba un chicle de menta. El reflejo de la luna menguante se ahogaba en un charco, un basurero crujía al final del callejón y un gato maullaba junto a las patrullas que atravesaban la avenida a una decena de metros. El sujeto dio un par de pasos más y se detuvo al percatarse de unas huellas dejadas sobre el fango.

—Saldrás de aquí con vida si me dices dónde está... O, te convertirás en otro charco de mierda y sangre esta noche.

Las patrullas seguían maullando. El sujeto sacó otro chicle y lo puso en su boca.

Una sombra se movió tras el basurero y un tipo gordo, envuelto en una chaqueta roja y gruesa, apareció entre la oscuridad empuñando un arma con la que apuntaba al sujeto de traje oscuro. El tipo tenía el rostro cubierto por una máscara blanca sin expresión, que solo dejaba ver sus ojos negros temblorosos.

—¡Tira tu arma! —escupió el tipo tras la máscara.

—Estas solo y caíste en una trampa. No seas estúpido, le apuntas a un teniente de la policía... Dime... ¿Dónde está Cuervo? —preguntó el policía acercándose un par de pasos más.

—¡Detente...! ¡Maldición...!

—¿O qué? ¿Me sacarás los ojos como Cuervo...?

El policía dio un paso más, el zapato de cuero se posó sobre el lodo y el sonido metálico de un riel metiendo una bala en la recámara resonó justo al lado de su oído, seguido por un cañón que apareció de entre las sombras, acomodándose en su sien.

—Es exactamente lo que te haremos policía... Te sacaremos los ojos y así sabrán que el Clan de la 12 volverá... —dijo otra voz tras el cañón, ocultándose en las sombras.

El policía se quedó estático, tensó el entrecejo un segundo, movió los ojos hacia el tipo que le apuntaba a su derecha, regresó la mirada al tipo

frente él y después continuó masticando su chicle.

—Otro... ya veo... y ¿Quién hará volver al clan de la 12? ¿Un patético ladrón obeso como este?

El tipo tras la máscara tensó los dedos alrededor de su arma y se apresuró en dirección al policía, dejando sus rostros a unos centímetros de distancia.

—Déjame... quiero divertirme con este maldito viejo... —dijo el tipo escupiendo su aliento tras la máscara... —¿Crees que grite cuando le meta esta escuadra entre las nalgas?

—Si, deja al cerdito jugar un poco... —susurró el policía.

El tipo en las sombras retiró el metal de la sien del policía y luego el otro sujeto le apuntó hacia la entrepierna mientras reía.

—boom... —soltó el policía con una risa entre dientes, antes de escupir su chicle sobre los pies del tipo que le apuntaba— Dispara...

El sonido del percutor sonó varias veces mientras el sujeto jalaba repetidamente el gatillo, pero sin conseguir disparos.

El policía se movió rápido, introdujo la mano en su bolsillo y en el instante en que el tipo a su derecha levantaba el cañón, sacó su arma y le asestó un balazo en la pierna y luego otro en la rótula; haciéndolo caer sobre el fango como un pesado bulto quejumbroso. Después levantó la pierna dando una patada a la mano de tipo frente a él, desarmándolo, se apresuró aún más y le asestó un puñetazo en el rostro que lo tiró al suelo. De inmediato se acercó al tipo con la bala en la rodilla y pateo su arma. El policía volvió al sujeto que sangraba por la nariz y lo inmovilizó poniendo su rodilla sobre la espalda y colocándole unas esposas rápidamente.

—Te dije que era una trampa. Tomaste el arma de tu otro cómplice cuando yo ya la había vaciado y luego corriste a esconderte como una rata ¿Conoces el peso de una Beretta cargada...? No tienes ni idea...

—dijo el policía escupiendo su chicle.

El tipo con el agujero en la pierna daba alaridos mientras el policía ponía la punta aún caliente de la Glock sobre su mejilla.

—...Pero, no conté contigo, estuvo cerca —dijo presionando aún más el metal caliente contra la piel del tipo— ...Ahora me dirán dónde está Cuervo...

—No sabes lo que haces policía... No te diremos nada... La sangre nunca se traiciona... —escupió el tipo entre alaridos mientras apretaba su pierna

mirando a los ojos de Elmer.

El sonido de las sirenas maullando se expandía por toda la zona centro mientras las patrullas aceleraban por toda la avenida 12 esculcando cada callejón. Un par de los vehículos llegó hasta la entrada de un estrecho pasaje sin salida, inundando el interior con la luz intensa de las farolas. La silueta del policía con las manos en los bolsillos apareció encandilada frente las patrullas. Un par de agentes bajaron y se acercaron rápidamente al lugar.

—teniente Elmer... Lo hemos buscado, aun no damos con los tipos del robo...

—En el callejón... —respondió el policía con las manos aun en los bolsillos— Eran del Clan.

Un par de agentes desenfundaron sus armas y se apresuraron hacia el interior del callejón mientras Elmer se quedó estático enfrente del agente sobre la acera.

—Necesitaran esto para hacer el informe —dijo el teniente sacando una Glock 9mm de su cintura.

Los agentes dentro del callejón se quedaron rodeando algo justo en medio y luego resonó en las radios una voz solicitando al cuerpo forense. El agente en la acera observó el callejón y luego volvió a mirar al teniente masticando un chicle.

—Se resistieron y le apuntaron a un teniente de la policía... Anótelos para su informe —concluyó Elmer antes de dar la espalda.

—Por supuesto... Nadie toca a un policía de Ágora —Comentó el agente.

Elmer dio un último vistazo al callejón y luego siguió por la acera sin decir palabra, dobló en una esquina y subió a un Chevy rojo estacionado en la sombra entre dos faroles que escupían su luz ámbar sobre el asfalto. Una vez tras el volante apretó su brazo, había una venda en su hombro izquierdo. Las llantas humearon un poco antes de arrancar.

Callejones oscuros y húmedos, las cloacas de Ágora, eran uno a uno dejados atrás por el detective a cien por hora en la avenida. Cada tanto se miraba fijamente en el espejo y cada tanto miraba por la ventanilla el distintivo color ámbar neblinoso que inundaba la ciudad cada noche, después volvía a mirarse en el espejo. Detallaba su rostro con algunas arrugas tímidas, su cabello corto y oscuro y su mirada, un par de ojos castaños que lo miraban desde el espejo y que parecían acusarle de algo,

le señalaban desde el cristal. Parecía que Elmer aceleraba buscando escapar de esa mirada, su mirada.

Capítulo 2

Las luces de Ágora bailoteaban a lo lejos mientras las manos de una chica esculcaban los bolsillos del abrigo de cuero oscuro que la envolvía, buscando un cigarrillo mentolado que se enredó entre sus dedos justo antes de sacarlo y encenderlo; maldiciendo al viento que se lo impedía. La luna menguante envuelta en la nube de una columna de humo se elevaba sobre la ciudad y la mirada de la chica se había quedado clavada en el humo, desenterrando recuerdos.

Luces de sirenas, el estrepitoso ruido de la lluvia, la luz de una linterna que se agitaba y un olor, un olor que no precisaba esparcido por toda la habitación. Su estómago se retorció, había mucha sangre y un bebé lloraba.

El humo que inundaba todo con su olor, se desvaneció junto al recuerdo, alejándose del balcón mientras el punto rojo se encandilaba en el extremo del cilindro con cada inhalación. Un momento después la chica sacó su móvil y leyó un mensaje de texto que recién llegaba, luego tecleó un número telefónico.

—¿Qué tal...? ¿Cómo va tu noche...? Pensé que llamarías hace un rato...

Unos segundos de silencio.

—Lo siento... Perdí la noción del tiempo y lo olvidé ¿Como estás tú? —dijo la voz tras el aparato.

La mujer inhaló una bocanada y dejó salir el humo de inmediato.

—La verdad no lo sé..., es Sammy, volvió a preguntar por Isabel... Te juro que a veces no sé cómo manejarlo.

La conversación hizo una corta pausa nuevamente.

—Creo entenderte ¿Y qué piensas al respecto? ¿Harás lo que tenías pensado?

—No lo sé. Tal vez sea lo mejor..., pero, malditasea. Isabel es algo de lo que quiero olvidarme.

—Está bien, aunque no sé qué decir... Lidiar con los padres, es... Algo complicado.

El frío de la noche secó una gota asomada entre los parpados de la mujer.

—No tienes que decir nada. Todo está jodido entre ella y yo, y no hay nada que decir sobre eso.

El tipo vaciló en decir algo y fue interrumpido.

—Debo colgar..., solo quería saludarte...

La llamada se acabó después de un par de palabras más y luego de una bocanada de humo el cilindro terminó de convertirse en ceniza sobre los tacones negros.

El frío de la noche quedó afuera cuando la mujer abandonó el balcón e intentó cerrar la puerta, pero la manija se trabó impidiéndole ajustar la cerradura, por lo que se detuvo unos segundos intentando forzar la manija de bronce y mientras lo hacía se percató del rincón a su izquierda: un hueco oscuro, en el que se notaban unas escaleras ascendiendo. El cuarto piso. Nunca había subido, ¿Por qué?

—Y para terminar...Al final del pasillo hay un balcón y las escaleras al cuarto piso, donde están las oficinas administrativas —El tipo alto y gordo rascó su escaso cabello— solo no te acerques a ellas y no preguntes.

El recuerdo respondió a la pregunta y las palabras se desvanecieron como el humo exhalado en balcón, mientras taconeaba sobre el pasillo hacia la gran puerta metálica al final. La mujer se apresuró mirando al suelo, sumergida en sus propios susurros y atravesó el par de puertas, al entrar al lugar el sonido intenso de los teléfonos la abrumó y de inmediato su cuerpo se detuvo al tropezar con otro cuerpo ancho y pesado.

—Thomson...

La mujer se quedó estática mirando la figura del tipo gordo y calvo.

—Lo..., lo lamento, venía...

—¿Te pasa algo...? Estas horrenda —dijo el tipo—... No importa. Me largo.

La chica pasó su mano por el cabello recogido sobre su hombro y miró al suelo.

—Eh... Estoy...

—Bueno ya, a tu puesto... o ¿también renunciarás...? Porque tengo una

larga fila esperando por un lugar aquí.

—¿Renunciar? —preguntó la chica girando para mirar al tipo que ya se había alejado unos pasos.

—¿Que? ¿No sabes? Lety se largó y escogió la noche para decirlo... Yo debería estar en casa.

La mujer se quedó pensativa un instante. Cualquiera persona en ese lugar renunciaría luego de unos meses, pero ¿Lety?

—¿Renunció?... Es extraño.... No mencionó nada cuando la saludé esta noche.

—Pero renunció, fin, se largó. Seguro se aburrió, esa desagradecida.

La chica intentó decir algo, pero fue interrumpida.

—Me largo, Carla. Es tarde, a trabajar...

El sujeto abrió la puerta y se alejó por el pasillo. Carla se quedó estática unos segundos y luego fue rápidamente hacia su cubículo, antes miró el puesto vacío de Lety, un portarretratos metálico además de un crucifijo en la pared y figuras de santos en el escritorio eran lo único que adornaba el espacio cuadrado. Al llegar a su lugar se dejó caer en la silla con rodachinas y se apoyó en el escritorio con las manos cubriendo su rostro y sus ojos mirando el reloj analógico en la pared; cinco minutos para la media noche. Samanta, Isabel, cinco horas más de turno.

Los anuncios luminosos quedaron atrás en la avenida rectilínea, el auto se detuvo justo después de girar y entrar a un callejón iluminado por neón purpura y azul. Elmer bajó y tiró la puerta del auto, entró al primero de una decena de bares en el lugar, se sentó en la barra, puso un billete y pidió un güisqui seco. La música era estridente y el aire olía a cigarrillos y hierva. Otro güisqui, y después otro acompañado de las curvas danzantes de una pelirroja que agitaba sus caderas sobre el regazo del detective mientras el licor se decantaba por su garganta y ponía otro billete entre el panti y las caderas de la chica.

—teniente...

El detective frunció el ceño y colocó el vaso en la barra. Pidió uno más y poniendo su mano en las nalgas de la chica, le indicó que parara. El otro sujeto se quedó mirando a la chica alejarse y desvanecerse en las

sombras repletas de pechos desnudos.

—...Me dijeron que podía encontrarlo aquí...

—¿Me sigues? —preguntó Elmer bebiendo un sorbo.

—No. Claro que no, teniente.

—Entonces... ¿Quién eres y que quieres?

El sujeto se quedó detallando la mirada perdida y el gesto indiferente de Elmer mientras inclinaba el vaso de cristal sobre su boca.

—Eh... Nos conocimos esta tarde. Soy..., soy el nuevo detective de la unidad central.

—Bien por ti.

Otro billete y otro güisque.

—El mayor me envió a terminar el turno con usted.

—Entonces mal por mí —concluyó Elmer en medio de una exhalación profunda, dejando salir el sabor intenso de un vaso repleto hasta el medio de escoses.

El otro detective dejó salir un suspiro y puso los ojos en la barra.

—No entiendo... Creo tener lo necesario... Soy un buen policía. Estuve...

—¿Te parezco un buen policía, chico? —contestó Elmer y después de poner otro billete en la barra le extendió un trago al otro detective.

—¿Es..., broma? Elmer Klein, más de veinte años en la fuerza...
Desmanteló al Clan de la 12...

—No creas toda la mierda que dicen por ahí... Esos hijos de puta siguen afuera, y su jefe también —los ojos de Elmer ardieron por un instante sobre el licor ambarino.

El detective tomó el trago de un solo sorbo y se quedó mirando el vaso con el rostro fruncido. Tenía un aspecto juvenil, cabello castaño y ojos cafés, traía una camisa blanca de mangas largas, pantalones ajustados y una sobaquera negra donde cargaba una Glock.

—Bien, sabes mi nombre ¿Cuál es el tuyo?

—Dylan Matte, teniente.

—Bienvenido al centro, Matte... Muchos robos, jibaros en las esquinas y un puñado de homicidios diarios —Elmer levantó su vaso en gesto de brindis, el otro sujetó lo miró por un instante después del cual chocaron los cristales.

Dylan dejó salir una risa silenciosa luego de beber el licor y pidió uno más.

—He oído mucho del centro, pero vengo de la unidad Sur.

—Eso no te servirá aquí... Las fieras camufladas son más peligrosas.

—¿Usted ha estado en el Sur?

—Nueve años, antinarcóticos... Lo peor de toda la mierda del Sur —el teniente sacó el móvil de entre su chaqueta y miró la pantalla, aún no había llamadas—. Suficientes preguntas, mejor terminemos la botella.

Dylan dejó salir una bocanada de aire, puso su radio en la barra y sacó un paquete de mentolados del bolsillo de su pantalón, encendió uno y le ofreció la cajetilla a Elmer, pero el teniente negó con la cabeza. Por la radio hablaba un agente.

—Otro homicidio... —dijo Elmer.

—Es el cuarto de la noche —comentó Dylan— ..., Deberíamos ir.

Elmer negó con el índice mientras bebía de su vaso.

El sonido del lugar era interrumpido cada tanto por la voz metálica que brotaba de la radio, lo que hacía que Dylan se pusiera alerta, pero luego miraba a Elmer envasado junto al licor en el cristal y volvía a obviar el reporte moviendo sus dedos sobre la madera barnizada y tomando un pequeño sorbo de su vaso.

La botella se acabó, Dylan había quemado unos ocho cigarrillos y Elmer había revisado su móvil varias veces, parecía esperar algo.

—¿Otra?

Dylan negó con la cabeza y con el noveno cigarrillo entre sus labios. El alarido de un móvil, Elmer sacó el aparato, miró la pantalla, pareció leer algo con rapidez y bebió apresurado el último sorbo en su vaso. Al mismo instante sonaba por el radio el informe de un cuerpo hallado en medio de un callejón cerca del 21-13 de la avenida 12. Dylan desvió la mirada hacia

el aparato y luego miró a Elmer que extendía unos billetes sobre la barra.

—Tenemos trabajo..., arriba.

La luna había recorrido la mitad del cielo y las calles del centro estaban atestadas de mujerzuelas y gibaros moviendo el corazón de la economía local. El auto se escabullía entre las calles mientras Dylan conversaba sobre cada escena con la que se topaban en el camino y Elmer mantenía la boca cerrada y los ojos estáticos en la carretera.

Unos kilómetros después el auto se había sumergido en la zona oeste. Las calles parecían silenciosas, aunque los andenes estaban llenos de cuerpos cubiertos con cartones y bolsas como abrigo. La basura y el lodo adornaban el asfalto, mientras las luces parpadeaban en las esquinas ensombreciendo las fachadas corroídas de las casas y de uno que otro edificio pequeño.

Las llantas frenaron en seco luego de girar una esquina, la pareja de policías bajó del auto y notaron de inmediato que el cuerpo forense de la policía estaba en el sitio. Los cordones delimitaban el acceso a un callejón mientras los flashes de las cámaras de los técnicos encandilaban el recoveco oscuro. Un grupo de agentes interrogaba a un mendigo dentro de una camioneta de la policía.

Elmer atravesó el asfalto, subió a la acera y se detuvo frente al callejón, lo observó un segundo y luego quitó la mirada de la escena y la dejó anclada a una edificación de dos plantas a unos metros hacia el final de la calle. El detective se quedó absorto en el concreto de color amarillo envejecido y en las ventanas rotas repletas de sombras. *Un disparo*. El sonido resonaba en el eco silencioso del suburbio, un disparo que se repetía una y otra vez. El recuerdo se desvaneció en la mirada del detective y solo quedó el aullido de un perro y el zumbido y aleteo de una nube de moscas que inundaba el lugar.

—Elmer Klein... ¡Te sentó bien ese descanso, eh! Ya no te ves tan anciano —dijo un sujeto que salía del callejón quitándose una mascarilla.

Elmer desvió la mirada de la edificación y la devolvió al callejón.

—No soy yo quien se pinta el cabello... —Respondió.

—Vamos hombre, hay que mantener el estilo.

Los dos sujetos soltaron una risa mientras estrechaban sus manos.

—¿Entonces ya estas recuperado del brazo?

—Fue solo una bala, hace falta más para sacarme de esta cloaca.

El tipo cambió su expresión, miró las paredes amarillas al final de la calle y luego volvió a mirar a Elmer.

—Ey, Elmer..., no habíamos hablado en persona desde..., bueno, solo quiero decir que lamento lo de Susan.

Un disparo.

La respiración del detective hizo una pausa, el perro aun aullaba y el sonido del disparo volvió a desvanecerse.

—Si, eso... Está bien —Elmer bajó la mirada un instante y luego reenfocó el callejón.

—Bueno ¿qué tenemos aquí? —intervino Dylan colocando un cigarrillo en su boca.

El forense miró a Dylan y después al callejón, un segundo después devolvió los ojos a Elmer.

—Dudé en llamarte, pero..., es que, las marcas y el modus concuerdan..., aunque es extraño —Dijo el forense poniéndose de nuevo la mascarilla y echó una mirada a Dylan— Y ¿Tu eres...?

Los tres sujetos se adentraron lentamente al callejón. Había una cartera marrón sobre el andén, señalizada con una nota forense. El zumbido de las moscas se hizo más intenso.

—Es la nueva niñera que envió Saimon —comentó Elmer.

—Dylan Matte... —Dijo el detective más joven estirando su mano mientras exhalaba una bocanada de humo.

—Brayan... —replicó el forense.

Los dos tipos se estrecharon la mano mientras caminaban hasta el fondo del callejón.

El pedazo de carne estaba tirado justo al lado de una pila de basura. Había un olor intenso en el aire repleto de moscas. La sangre escurría desde una gran herida en la traguea, parecía que se la habían arrancado. El líquido oscuro, más ámbar que rojizo, se extendía por los pechos desnudos del cadáver sobre los que posaban algunas moscas. La nariz y los labios habían sido mutilados y las cuencas de los ojos estaban vacías.

Elmer se quedó absorto en la imagen del cadáver.

—Caucásica, 1,70, de 35 a 40, sin identificación. Causa de muerte aún desconocida, pero por la cantidad de sangre estoy seguro de que la perforación en la traguea y las heridas en el rostro fueron post mortem, especulo fueron hachas por un objeto con poco filo, como una botella rota o una sierra pequeña, o tal vez dientes.

—¿Dientes?... ¿Dices que un maldito perro hizo esto? —preguntó Dylan mirando el cadáver tras una cortina de humo iluminada por el resplandor de la calle.

—Por el diámetro de las heridas no parecen de un canino, de hecho, pensaba en los incisivos de un adulto... Murió hace poco menos de 3 horas, entre las 12 o la 1.

—¿Un adulto...?

—Sus ojos... Encaja — interrumpió Elmer.

—Exacto. A eso me refería..., la extracción de los ojos encaja, pero el resto de las heridas... —respondió el forense— No lo sé. Es muy extraño, nunca había visto esto en una víctima de Cuervo, o del Clan.

—Puede tratarse de algo distinto... ¿No? —comentó Dylan.

Elmer se quedó en silencio mirando el cadáver.

—Nadie mata a alguien en esta zona sin que el Clan tenga algo que ver —respondió Elmer.

—Es un cartel debilitado, podríamos pensar...

—Hace meses que siguen capturando miembros del Clan, y a su jefe, Cuervo, nadie lo ha visto aún. Deja de creer lo que dicen por ahí, niño...

Dylan se quedó en silencio y volvió a inhalar de su cigarrillo.

—... ¿Signos de abuso? —retomó Elmer.

—No, no hay indicios de acceso.

—¿Testigos?

—El mendigo en la patrulla. Dice que entró al callejón a buscar algo de comer y la encontró, y que no vio nada más.

La mirada vacía del cadáver se perdía en la pared del frente llena de grafitis y climatizadores. Las heridas le daban un gesto extraño a la mujer, dejando sus dientes descubiertos, pintando una risa grotesca en su rostro cubierto por la penumbra del lugar mientras la noche se anidaba en las cuencas vacías.

Luego de un instante los tres sujetos se alejaron del cadáver y se detuvieron en la entrada del callejón, justo en la acera. Dylan conversaba acerca de los posibles cargos que formularía el fiscal cuando tuvieran un sospechoso, Elmer miraba detenidamente el lugar. Primero se percató de un par de gotas de aceite en la carretera, exactamente al frente del recoveco y, sin embargo, no había ni un solo auto parqueado en toda la calle. Justo después notó que la cartera en el pavimento estaba completamente abierta.

—¡Abogaducho...!

Dylan detuvo su charla con el forense y frunciendo el ceño se acercó a Elmer.

—Da un vistazo por el lugar, pregunta si alguien vio algo, mira si hay alguna cámara que podamos revisar o marcas de llantas en el asfalto —indicó Elmer mientras sacaba un chicle de menta y lo ponía en su boca.

—¿Qué crees que pasó? —preguntó Dylan metiendo las manos en sus bolsillos.

—Ni idea... Hablaré con el tipo —dijo Elmer mientras se dirigía al vehículo de la policía al otro lado de la calle.

El tipo llevaba unos pantalones con más rotos que tela, un pedazo de tela roja en el torso y unas bolsas cubriendo sus pies. Los agentes que le habían dado un café caliente y lo habían abrigado con una chaqueta de la policía le dieron paso al detective.

—Bien, cuéntame ¿Qué viste...?

—Ya lo dije hombre... ¿Qué más quiere que diga? —el tipo se encogía de hombros sin fijar la mirada— Pasé por aquí y me metí ahí buscando comida y encontré eso. Después le dije a una patrulla que pasaba por aquí.

Elmer le quitó el café de las manos al tipo.

—Bien... ¿Sabes? Hay algo que apesta aquí... Dices que pasaste al lado de una cartera de cuero tirada en el piso y no sacaste nada de ella... Quiero

todo lo que había allí ¡ahora!

—Pero... hombre te digo que solo me metí al callejón, no cogí nada.

—Bien, bien, tendré que llevarte a pasar una noche a la jaula —respondió el detective sacando un par de esposas— ¿sabes lo que significa verdad? ¿hace cuánto que no tienes sexo?

—¡Te digo que no cogí nada!

—¿Alguna vez has sentido un bolillo en medio de las nalgas? Te espera una larga noche —Murmuraba el detective mientras sujetaba al tipo para ponerle las esposas.

—Espera, hombre, espera. Te daré lo que había en la cartera, está bien...

El detective se detuvo y el mendigo sacó del bolsillo de su pantalón algunas monedas y un par de billetes, junto a uno que otro papel arrugado y una tarjeta azul.

—La identificación idiota...

—Solo había esto, no tengo nada más. Revisame... Lo juro.

Elmer miró al sujeto por unos segundos y luego suspiro brevemente.

—Bien, lárgate —concluyó tirándole las monedas y regresándole el café.

"Jenny Al-Ásad, Calle 47-23 av. Dream edf Cristal 8vo Piso" El detective miró detenidamente la tarjeta y la guardó en su bolsillo, luego subió a la acera, se acercó al callejón y se quedó mirando hacia la oscuridad que rodeaba el cuerpo. ¿Quién era? ¿Había sido Cuervo? Los callejones de Ágora están llenos de cosas horribles, pero ¿Con que se había topado esta mujer?

—Te encontrare... —murmuró el detective y después siguió por la acera.

Un apretón de manos fue suficiente para despedirse del forense. Justo después hizo una seña a su compañero y ambos subieron al auto. Dylan encendió un nuevo cilindro.

—Nadie vio nada... eso dijeron todos. En la calle no hay ni una cámara y la lluvia de hace rato borró todo rastro en la carretera.

—Está bien...

—Y tu... ¿Ya tienes algo? Parece que sí.

—Ya lo veremos —respondió Elmer encendiendo el motor.

Capítulo 3

El Chevy se detuvo en un estacionamiento repleto de patrullas. En el reloj junto a la radio eran las 4:30 A.M. Las calles del centro estaban ya más despejadas, las prostitutas eran paulatinamente remplazadas por vendedores ambulantes y el asfalto se llenaba de autos con sus lámparas encendidas.

Elmer entró por la puerta de madera y cristal giratoria del departamento central de policía de Ágora, Dylan lo seguía de cerca. Los escritorios rebosaban de papeles y carpetas, los teclados sonaban al son de los teléfonos. El aroma a café se expandía por todo el lugar, café amargo. Varias voces hablaban a la vez, unas maldecían y las otras exclamaban. Algunos agentes saludaron a Elmer mientras atravesaba el pasillo cercado por las mesas de madera barnizada.

El teniente se sentó en su escritorio que parecía un rompecabezas de papeles. Un gato blanco en una bola de cristal reflejó su mirada por unos instantes. Luego se percató de un expediente que resaltaba entre los demás: Cuervo.

Volvió a levantarse de su silla con unos papeles en la mano mientras Dylan hablaba con otros agentes y otros uniformados forcejaban con un tipo que recién entraba a la estación esposado. Los pasos se acortaron entre el detective y una oficina al final de la instancia. Las bisagras chillaron y después la puerta se cerró con fuerza.

—Aún sigue en las calles... —dijo el detective lanzando los papeles sobre un escritorio.

Un sujeto de tez morena y cuerpo robusto encajado en un traje gris y una corbata roja bebió un sorbo de café y se quedó sentado tras el escritorio mirando los papeles un instante, luego clavó sus ojos en los ojos de Elmer.

—Hasta que puedo verlo, teniente. Veo que ya está mucho mejor de su brazo.

—Estaré mejor cuando al fin pueda mirar a los ojos a ese hijo de perra y...

—Debes calmarte —dijo el sujeto tras el escritorio incorporándose, haciendo sonar las rodachinas de la silla—. Es un caso reciente, sabes que tengo buenos elementos trabajando en esto.

—Dame el caso... Déjame a cargo —dijo el detective y luego suspiró—.

Debo hacerlo...

—Sé que te culpas. Pero Klein, lo que paso no fue culpa de nadie...

—¿Nadie...? El azar no jaló el gatillo, Saimon... El clan de la 12 sí... Y Cuervo dio la orden... Claro que hay culpables.

El otro sujeto se quedó en silencio y apoyó la frente sobre sus dedos un segundo.

—No puedo darte el caso, lo sabes, estuviste involucrado..., Elmer, a todos nos duele la muerte de Susan. Pero, ella era una policía y...

—Debía morir... ¿Cierto? Sabe, mayor... Recorrí toda la mierda de esta ciudad durante los últimos siete años junto a Susan. Se quien era, y sé que Ágora no volverá a tener a una detective como ella. Así que, tal vez a todos les duela, pero, solo yo vi su mirada antes de que jalaran el gatillo.

Las palabras quedaron en el aire y todo volvió a estar en silencio.

—Debes mantenerte al margen de todo esto, amigo. Hoy mataste a dos tipos que podían informarnos sobre los remanentes del Clan... —dijo el tipo inhalando de un tabaco que tomó de su escritorio— Trato de decir que..., tal vez ha sido muy duro para ti...

—¿Duro?

—Pensaba en un traslado. ¿Aduana te gustaría?

Elmer se pasó la mano por el rostro con fuerza, dejando salir un suspiro profundo.

—¿Así terminará Elmer Klein? Quitando billetes a los que no pueden pagar al maldito banco.

—No. No es lo que quiero... Solo busco una...

—Tomare el caso de la mujer hallada en el 21-13.

El sujeto se quedó en silencio un segundo y se estrechó contra la mesa.

—Ese caso está vinculado con...

—Tengo la teoría de que fue una venganza pasional. Déjame resolverlo.

Saimon se acomodó en su asiento y puso el tabaco una vez más en sus

labios.

—Tómalo..., pero iras con Matte.

Elmer intentó decir algo con el ceño fruncido, pero fue interrumpido.

—Te admira Klein, y trabajó con Sokova en el sur. Tal vez puedas enseñarle algo más.

El detective lo pensó un segundo, se encogió de hombros y luego salió de la oficina rápidamente. Caminó hacia su escritorio, tomó un radio y se dirigió a la salida por donde ya se filtraba algo de claridad. Los agentes seguían forcejeando con el tipo robusto hasta que se liberó y lanzó a uno de los uniformados sobre un escritorio, el tipo bramaba enfurecido rodeado de agentes.

Elmer se apresuró hasta la salida, con la expresión indiferente, pero fue interceptado por el sujeto. El detective no detuvo su paso, ni cambió la expresión de su rostro. Una vez Elmer se vio eclipsado por la sombra del tipo extendió su mano, tomó la silla de un escritorio que estaba a unos centímetros y dando un giro completo sobre su pierna, destrozó el polímero de la silla en el rostro del sujeto, lanzándolo sobre un conjunto de escritorios. Luego, sin perder el ritmo de su andar, prosiguió hacia la salida.

La mañana estaba gris, parecía que llovería en cualquier momento. Dylan salió justo detrás de Elmer, con un gesto de asombro y perplejidad.

—Pero...

Elmer frenó en seco y miró al joven detective.

—Escucha..., si quieres venir solo sube al auto y por favor, cállate.

Dylan se quedó paralizado, miró al teniente alejarse hacia el Chevy, cerró la boca y subió al asiento del copiloto.

—¿Huevos revueltos con cebolla?

Dylan asintió con la cabeza.

—Perfecto.

Una decena de calles más adelante bajaron en un café de luces fluorescentes blancas y asientos alineados junto a los ventanales. El teniente pidió lo mismo para ambos y se sentaron en una mesa que miraba a la calle repleta de autos, y en la otra acera el edificio King: el

más alto de Ágora.

—Quien mató a la mujer lo hizo en otro lugar y luego dejó el cuerpo en ese sitio. Había aceite reciente justo al frente y no había ni un triciclo en el lugar. El asesino se aseguró de llevarse su identificación. Y Sea lo que sea que le hicieron después de muerta, se lo hicieron en el callejón, no había rastro de sangre.

—Eso responde el cómo..., falta el Por qué y el quién. Y sé que piensa que pudo ser ese tipo, Cuervo, pero creo que también pudo ser un amante psicópata enfurecido... Fue un asesinato muy violento y al parecer pasional...

—Sí, bueno, mantendremos las dos teorías... pero, el nombre de Cuervo no se mencionará en esto hasta que tengamos algo concreto ¿Está claro?

Dylan asintió con la cabeza haciendo un gesto de suma seriedad.

—Sobre el porqué, le preguntaremos a Jenny Al-Ásad.

—¿La del diario? ¿La periodista?

Elmer asintió con la cabeza y después metió la mano en su chaqueta y extendió una tarjeta rectangular azul sobre la mesa.

El cielo se había tornado gris. En la muñeca de Carla un reloj marcaba las 6 A.M. La mujer apenas subía las escaleras a su departamento ubicado en la zona Oeste, y el aroma de la panadería del primer piso le hacía resonar las vísceras. Abrió la puerta, envuelta en cansancio y sueño, como si la noche le hubiese caído sobre la espalda.

— ¿¡Samanta!?! —dijo la mujer mirando hacia el centro de la sala— ¿Qué haces despierta?

La niña de ocho años estaba sentada en el sofá de la sala, con las luces apagadas y mirando hacia la puerta, Carla aún giraba el seguro, mirando a la niña con preocupación.

—No podía dormir... —Respondió la niña poniéndose de pie mientras pedía un abrazo a su hermana.

—¿Qué sucedió cariño? ¿Otra vez pesadillas? —preguntó Carla mientras

tomaba a la niña en brazos con un poco de esfuerzo.

Samanta asintió con la cabeza mientras extendía los brazos alrededor del cuello de su hermana.

—Y vi el rostro de mamá otra vez...

Carla se quedó en silencio un segundo mirando a la pequeña y luego la llevó hasta la cocina.

—¿Qué quieres para desayunar? ¿Huevos?

—Cereal...—replicó Samanta sentada tras el mesón, moviendo sus pequeñas piernas que no alcanzaban la cerámica del piso.

—Bien..., entonces, preparare para ambas.

Luego de un plato repleto de cereal azucarado Carla llevó de la mano a Samanta hasta su habitación, la cubrió con su manta de autos favorita, juntó sus manos y le dio un beso; le dijo que cuando despertara más tarde podría jugar un video juego. Apagó las luces de la habitación que quedó casi igual de iluminada con la luz blanquecina y gris que brotaba de las nubes aglomeradas, parecía que llovería en cualquier momento.

—¿Cuándo veremos a mamá?

Carla se detuvo y frunció un poco los labios. Mamá..., ¿Cuándo había sido la última vez que pronunció esa palabra?

—Duerme Sammy, hablaremos luego...

La edificación era traslúcida y el color grisáceo del cielo se reflejaba en sus ventanas. Los sujetos aparcaron el auto y se apresuraron a entrar al edificio antes de que la tormenta se derramara sobre Ágora. Al llegar a la recepción un hombrecillo preguntó que necesitaban, el detective sacó su placa y se identificó indicando que estaban ahí para hablar con Jenny. El sujeto respondió levantando el teléfono. Un minuto después les indicó que pasaran, "Octavo piso oficiales"

El ascensor no tardó en dejar a los detectives frente a la puerta del apartamento, Dylan se apresuró a tocar el timbre y un minuto después una mujer joven de piel canela y cabello oscuro abrió la puerta y se quedó

con la mirada llena de expectativa ante los dos sujetos.

—Señorita Al-Ásad. Soy Elmer Klein, teniente de la policía y él es el detective Dylan Matte. Disculpe la interrupción, pero ¿podemos hablar con usted?

—Buen..., día ¿pasa algo oficiales?

—No se alarme..., pero díganos si esta tarjeta es suya.

La mujer tomó el rectángulo entre los dedos y afirmó luego de un segundo.

—Vera, la encontramos entre las pertenencias de una mujer asesinada esta madrugada. Así que nos preguntábamos si usted la conocía.

—Caucásica, no más de 40, de contextura mediana y cabello castaño
—agregó Dylan.

La chica se quedó estática y pensativa, después se llevó las manos a la boca.

—No puede ser..., esto..., es terrible.

—La conocía entonces...

—Creo que sí... eso creo. ¿Tenía un tatuaje en la espalda, bajo la nuca?

—¿Un tatuaje? ¿Cómo una marca...? —dijo Dylan.

—Por favor pasen —dijo la mujer con un tono de preocupación mientras daba paso a los detectives.

Una decoración minimalista con algunas muestras de arte árabe confería al lugar una atmosfera muy refinada y cómoda. Los dos tipos se sentaron en un sofá purpura abullonado.

—¿Es la marca de alguna pandilla o algo por el estilo? —preguntó Elmer un poco inquieto.

—Ella dijo que estaba en peligro al hablar conmigo, que no podíamos vernos porque creía que la vigilaban, así que dijo que me enviaría una carta..., pero, no pensé que esto podría pasar... —dijo la mujer, como si no fuera escuchado la pregunta de Elmer, un segundo después levantó la mirada del suelo y miró a Elmer— ¿Saben quiénes son las Madres de Ágora?

—Rumores..., he oído que manejan todo el negocio de la prostitución en la ciudad.... —respondió Elmer.

—Tengo algún tiempo siguiéndoles la pista y la señora Anderson me esclarecería muchas cosas para un reportaje. Verán, estas mujeres no solo controlan la prostitución, sino que además cometen actos horribles: partos rituales, asesinatos violentos y orgias de sangre... Son como una secta.

—Partos rituales, entiendo... Bien..., ¿Sabe cuál era su nombre completo, si estaba casada, donde trabajaba?

—Dijo que la llamará Sra. Anderson, y dijo que había estado casada antes, pero que se había separado y ahora vivía sola —respondió la mujer que se había sentado en el sofá al otro lado de una mesita de centro hecha en cristal.

Dylan sacó un cigarrillo de su chaqueta.

—¿Puedo?

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Por qué Anderson iba a ayudarla con su investigación? ¿Ella pertenecía a ese grupo? —continuó Elmer.

—Había sido parte de la secta durante gran parte de su vida, pero me dijo que había desertado antes de casarse.

—¿Por eso el tatuaje? ¿Todos los miembros de ese grupo lo tienen?

—preguntó Dylan quitando el cilindro de sus labios.

—Sí...,

—¿Puede describirlo...?

La mujer se quedó en silencio un instante, como buscando una imagen en sus recuerdos.

—Creo que, es mejor que lo vean —replicó la mujer y se puso de pie, dirigiéndose hasta un escritorio justo al lado de un gran ventanal.

Elmer se quedó mirando toda la sala. Esa mujer en el callejón tenía que ver con Cuervo, pero ¿Qué relación podría tener con esta secta? ¿Quiénes eran en realidad las Madres de Ágora?

La mañana se tornó más oscura, las gotas empezaron a impactar contra el cristal del gran ventanal. Un relámpago. La lluvia se hizo más fuerte,

humedeciéndolo y enfriándolo todo afuera: en las calles. La periodista volvió a su asiento y abrió una carpeta, de ella sacó una foto y la extendió sobre la mesita. Una mujer desnuda con símbolos en la piel estaba degollada dentro de un círculo. La mujer puso una foto más. Una sábana cubriendo un pequeño cuerpo sobre una mesa. Y una tercera foto, un símbolo tatuado en la parte baja de la nuca de una chica.

— Vaya, que desquiciado... —dijo Dylan con el cigarrillo en los labios y una de las fotos en la mano.

—A esto me refería... Las Madres haces estas cosas ocultas en los callejones de la ciudad... Son personas muy peligrosas.

—Entonces cree que ellos la mataron —respondió Elmer devolviendo una fotografía sobre el cristal.

La periodista se quedó en silencio un instante.

—Estas personas son capaces de cualquier cosa y ella era una desertora —respondió la mujer.

Elmer se quedó mirando la foto sobre la mesa y el recuerdo del cuerpo se dibujó en el cristal. Un cuerpo solitario, abandonado en medio de un callejón una noche lluviosa, encontrado por un malviviente. ¿Un asesinato ritual?

—¿Como se contactaron...? —preguntó Dylan que aun detallaba una de las fotografías.

—Le sigo la pista a las Madres hace meses. Así que di con un caso de homicidio que salió en los periódicos hace algunos años, una noticia menor, pero que estaba relacionado, así que hice algunas preguntas y resultó que había una mujer en la cárcel por ese caso. La visité y no quiso darme detalles, pero me dio la dirección de Anderson, y dijo que ella tal vez querría hablar.

—Necesitaremos esa dirección, y el nombre de esa mujer.

—Isabel Thomson, ese es su nombre, esta recluida en la distrital —respondió la mujer automáticamente y después de revisar su móvil le dictó a Elmer una dirección al otro lado de la ciudad.

Dylan se levantó del sofá y apagó la colilla de su cigarrillo en la planta de su zapato, y luego la guardó en su bolsillo.

—Gracias por su tiempo... —dijo Dylan.

—Una pregunta más, señorita Al-Ásad ¿Sabe si Anderson tenía alguna relación con el clan de la 12? —dijo Elmer aun en su asiento.

La mujer lo pensó un instante, como si no lograra encajar la pregunta.

—No. No lo creo, nunca dijo nada sobre tráfico de drogas, o algo así...

—Y las Madres de Ágora ¿Sabe si se relacionan de alguna manera con el Clan?

—No, la verdad no creo que..., ¿Por qué lo pregunta oficial?

Elmer guardó silencio mientras se levantaba de su asiento.

—No se preocupe, solo descarto información.

Aquello concluyó la conversación. Los detectives agradecieron y le entregaron a la mujer una tarjeta para que se comunicara si sabía algo más que pudiera ser útil. El ascensor bajó pronto y los dos detectives apresuraron el paso al salir del edificio para no mojarse con el torrencial aguacero. El cálido ambiente del Chevy los reconfortó. Los sujetos se acomodaron en sus asientos por un segundo. Luego el móvil de Elmer hizo un escándalo en la guantera hasta que el detective lo contestó.

—¿Qué tienes?

Desde el asiento de Dylan podía escucharse la voz del forense tras la línea. El sujeto murmuraba que la identificación tardaría hasta después del mediodía, pero que habían logrado identificar que la mujer había muerto producto de una herida con arma blanca en el abdomen, una hora antes del resto de las heridas en su cuerpo. También que tenía un tatuaje en la parte baja de la nuca; lo describió como un círculo con un triángulo en su interior, "la marca que usan las Madres de Ágora" comentó el forense antes de cortar la llamada.

—¿Aun cree que el Clan tiene que ver algo con esto, teniente? — preguntó Dylan.

—Contemplo las posibilidades, chico... Lo cierto es que a cada paso se pone más extraño esto...

—Bien, y ¿cuál es el siguiente paso?

—La cárcel distrital.

Capítulo 4

—¿Es la foto de mamá? —preguntó Carla mirando la silueta de su hermana sentada en el sofá de la sala.

La niña asintió con la cabeza luego de mirar a la mujer que se había quedado a un lado del mueble.

—Quería verla —dijo la niña.

Carla guardó silencio y se sentó al lado de Samanta. La sala estaba oscurecida por la tormenta. En la foto, una mujer con vaqueros y suéter gris sujetaba de la mano a una Carla más pequeña.

—No quieres que veamos a mamá..., ¿Ya no la quieres?

La pregunta detuvo la respiración de Carla. ¿La quería? Aquella mujer de la foto solo era un recuerdo lejano, uno con un significado distinto al de madre, pero ¿qué debía significar, madre? Carla se quedó mirando el retrato un instante y después devolvió la mirada a su hermana.

—Sí la quiero, pero..., ya te lo he dicho, ella está en un lugar feo. No es un buen lugar para una niña.

—¡No soy una niña...! ¡Cumpliré 9...! Y quiero verla... —dijo la niña y volvió la mirada a la fotografía— Las otras niñas van con sus mamás a la escuela, pero yo..., quiero ver a mamá...

El destello de un relámpago atravesó la sala tiñendo todo de azul metálico por un segundo, luego le siguió un fuerte estruendo. Samanta se dejó caer sobre los brazos de Carla con la expresión llena de miedo. La mujer se quedó en silencio mirando los cabellos de la niña enredarse entre sus dedos y volvió a mirar la foto.

—Es sábado, no tendrás clases..., podríamos ir después de que te des un baño y ordenes tu habitación...

El rostro de la niña se iluminó como un relámpago y luego le dio un abrazo a Carla justo antes de levantarse corriendo de la silla mientras simulaba el sonido de un bólido rumbo a su habitación la cual se hallaba llena de autos en miniatura regados por el suelo. Carla tomó su móvil y ojeó un mensaje en la pantalla "¿Te veo a las 2?" La mujer respondió que sí, mientras caminaba a su habitación.

Luego de una hora la lluvia había mermado, la niña estaba lista y la habitación reluciente. Samanta se detuvo en el umbral de la habitación de su hermana insistiendo en que ya había terminado una y otra vez, mientras la mujer terminaba de alistarse frente el espejo, mirando fijamente el reflejo de sus ojos y el recuerdo en ellos.

La mujer del servicio infantil le preguntaba su nombre, su edad, el nombre de la mujer cubierta de sangre que unos minutos antes habían subido a una ambulancia. Había algunos reporteros con sombrillas e impermeables amarillos, iluminando la fachada de la casa con sus cámaras. Las luces de las sirenas lo teñían todo de azul y rojo, más rojo. Un niño lloraba. Llanto y murmullos, lluvia, preguntas, ninguna respuesta. Las imágenes se pegaban unas a otras, parecía que el mundo cambiaba a cada parpadeo, el pasillo a su derecha ahora parecía un callejón oscuro cubierto de sangre.

Las imágenes se desdibujaron del cristal de la ventana del taxi. Carla sacó un billete y le pagó al conductor que escarbaba un trozo de comida de entre sus dientes con un palillo mientras les deseaba buena suerte con un tono mecánico. Al bajar del vehículo se toparon de frente con las altas paredes de la cárcel distrital femenina de Ágora. Un antiguo palacio inquisitorial convertido en una cárcel ubicada al sur de la ciudad. El lugar estaba rodeado de barro y charcales dejados por la lluvia.

—¿Por qué mamá está aquí? —dijo la niña superando con su voz el murmullo que brotaba de los muros.

Carla guardó silencio por unos instantes mientras miraba a la pequeña con algo de duda en sus ojos. Se agachó y tomó a Samanta por las mejillas dándole un beso en la frente y diciéndole que Isabel estaba en ese sitio por cosas de adultos.

—Cosas de adultos... Algún día yo seré una adulta también —replicó la niña.

Carla dejó salir una risa mientras miraba a la pequeña y se apresuró al penal por un camino empedrado. Un guardia recibió a las hermanas, el tipo tenía una cicatriz sobre el ojo derecho y miraba a Carla de abajo a arriba sin perderle detalle mientras preguntaba datos de rutina. El tipo se levantó luego de unos minutos, mostrando una mórbida barriga que caía hasta su pubis y le abría los botones bajos de la camisa.

—Sígueme.

El tipo andaba a paso lento, chiflando y haciendo señas a los guardas en el camino. Unos metros más adelante llegaron a un salón de piso y paredes amarillentas, en la instancia solo había un gran mesón de madera y una mujer vestida de guarda sentada tras el mesón, mirando una

computadora de forma inexpresiva. La lámpara central de luz blanca fluorescente titilaba todo el tiempo y por las ventanas se filtraba el murmullo de los patios; gritos leves y pitidos.

—Ponga la bolsa en la mesa y las manos contra la pared —dijo el tipo gordo rascándose el trozo de barriga que le quedaba descubierto.

Carla miró por un segundo a la mujer en la mesa y sujetó a la niña.

—¿No me hará la requisa usted? —preguntó Carla mirando a la mujer que no quitaba los lentes del computador un tanto anticuado.

—... Oiga..., le estoy hablando —insistió Carla.

La mujer en la mesa levantó la mirada de forma indiferente.

—¿Me habla?

—¡Si...! ¿No debería ser usted quien me haga la requisa?

—Ah... Hoy no, Mi compañero está encargado... —contestó la mujer volvió los ojos a la pantalla.

La niña sujetó la mano de su hermana, la miró con ojos de preocupación y murmuró preguntándole que sucedía.

—¿Tienes algún problema con el procedimiento? —preguntó el tipo gordo sujetando un bolillo que colgaba en la correa de su uniforme.

—No..., solo que..., solo que no me parece apropiado.

El sujeto rio sutilmente, dejando ver sus dientes amarillentos como el suelo, mientras tanto no dejaba de mirarla, pasando sus ojos de abajo a arriba, deteniéndose en los pechos de la chica que se marcaban bajo una blusa de color azul marino.

—Vamos, no tengo todo el día... Las manos contra la pared, y separe las piernas... O puede marcharse si se opone al procedimiento.

La mujer miró por un segundo a su hermana. Luego suspiró con fuerza y dejó el bolso en la mesa de madera, se dirigió a la pared que estaba en la sombra del salón, debajo del ventanal. El tipo caminó detrás de ella, casi podía escucharse una sutil risa que brotaba de él y se fundía con el ruido del penal. Carla alcanzó a sentir la exhalación del tipo rozando su nuca.

Puso las manos en la fría y húmeda pared, y en ese instante el sonido de unos pasos invadió todo el salón. La mujer miró de reojo a su hermana parada al frente de la mesa y por la puerta un par de hombres con trajes

que entraban apresurados. El tipo detrás de ella también miró y un segundo después se quejó haciendo un sonido con la boca.

—Mira lo que tenemos aquí —dijo Elmer parado justo a un lado de la mesa.

El tipo detrás de Carla giró y miró fijamente al detective con una expresión de desprecio.

—¿Qué quiere detective?... Estoy trabajando.

—¿Trabajando...? —dijo Elmer acercándose un par de pasos al tipo.

—Trabajando...

—¿Está todo bien? —preguntó el detective mirando directamente a Carla.

La mujer miró al hombre a los ojos y guardó silencio por un momento, luego afirmó con la cabeza.

—No te importará que me quede a mirar el..., procedimiento...

El guarda miró fijamente a Elmer y luego prosiguió con las cejas fruncidas.

Después de hacer una rápida pesquisa en los bolsillos del vaquero azul que traía Carla y en sus tobillos, el sujeto se retiró y pasó a revisar el bolso. Dylan estaba apoyado en la mesa de madera observando la situación. La mujer en la silla no despegó la mirada del computador ni un minuto hasta que el gordo le dio el visto bueno a Carla. Un segundo después la guarda le preguntó a qué interna verían a lo que el tipo respondió con un número y se alejó, no sin antes mirar de reojo al detective.

—Isabel Thomson..., ¿es correcto?

Elmer y Dylan se miraron uno al otro.

—Así es... —respondió Carla.

—¿Y ustedes detectives?

Elmer se acercó a la mesa y miró a Carla.

—Supongo que no tienen a dos Isabel Thomson aquí..., así que creo que a la misma mujer...

Carla se quedó mirando al detective con un gesto de duda.

—Elmer Klein, detective, y él es mi compañero Dylan Matte —dijo Elmer mirando a la chica— Veníamos a hacerle unas preguntas a la señora Isabel ¿Es familiar?

Carla vaciló en responder.

—¿Qué sucede detectives? ¿Pasó algo con ella?

—No en realidad, pero queríamos preguntarle algunas cosas sobre un caso. Creemos que podría ayudarnos.

—Sigo sin entender..., ¿Isabel está metida en algún lío? O ¿algo así?

Dylan dio un paso al frente, había encendido un cigarrillo.

—Disculpe, pero ¿Es usted familiar? —preguntó el joven detective.

La mujer acomodó su bolso y extendió la mano.

—Lo siento, detectives..., Carla Thomson, Isabel es..., mi madre...

—Y yo soy Samanta... —dijo la pequeña.

Carla y los detectives agacharon la mirada hacia la niña que sonreía sujetando a su hermana de la mano. Elmer le sonrió con esfuerzo.

—Díganme oficiales ¿de qué se trata? ¿Pasó algo?

—Despreocúpese. El nombre de su madre apareció en la investigación de un homicidio ocurrido la noche de ayer, creemos que su madre podría ayudarnos a identificar a la mujer y decirnos más de ella.

Carla cargó a la niña y la abrazó con fuerza.

—Ah, que terrible..., pobre mujer..., pero ¿por qué creen que Isabel la conocía?

—Tenemos, digamos, indicios sólidos...

—Entiendo, pero es extraño... no recuerdo que Isabel tuviera amigas o algo así.

Carla terminó de decirle a los detectives que ella y su hermana pasarían primero a ver a Isabel y luego ellos podrían hacer las preguntas que necesitaban, a lo que el detective aceptó ofreciéndole acompañarlas hasta la zona de visitas, justo después de que la mujer de la mesa les indicara

la sala y el pabellón.

El patio central estaba lleno de mujeres que se reunían alrededor de mesas en las que fumaban y apostaban cigarrillos jugando naipes. Al otro lado del patio un grupo igual de mujeres jugaba una suerte de voleibol con un balón de cuero seco y el tendedero de la ropa como maya. El lugar era ruidoso y estaba completamente húmedo y oscuro, el patio central estaba pintado de negro por la sombra de los altos muros. La lluvia se había filtrado por el techo y enlodado el pasillo por donde transitaban los detectives y las hermanas.

—¿Conoces al tipo? —preguntó Dylan mirando a Elmer que caminaba a su lado detrás de las hermanas.

—El me conoce a mi... lo encontré casi desnudando a una niña, dijo que era el procedimiento. Lo detuve, el tipo se puso rudo, yo me puse rudo, y bueno. Una niña con suerte, si fuera llegado mas tarde...

—Entonces yo también he tenido suerte —dijo Carla mirando hacia atrás— Aunque, es terrible que haya ese tipo de personas aquí... Alguien debería hacer algo.

—Es una cárcel... Es el tipo de personas que hay aquí... —dijo Elmer—. Aunque, no quise decir que...

—Descuide, usted lo ha dicho, es el tipo de personas que hay aquí... Isabel está donde debe estar —concluyó Carla sin volver la mirada.

Sin decir más palabras llegaron a un salón mediano lleno de mesas y sillas metálicas. Había varios guardias en el lugar y algunas personas charlando con rostros llenos de calamidad. La luz del salón provenía de un tragaluz circular en el techo, grande y enrejado. En la ventanilla de la entrada había una mujer de gesto distraído y silueta delgada.

La mujer preguntó a quién verían, Carla respondió con el nombre de su madre. Un segundo después la mujer indicó que solo podían pasar dos por vez, así que los policías dijeron que pasarían de último. La mujer y la niña entraron y se sentaron en la mesa justo debajo del tragaluz. Había humo y humedad en el aire. Unos minutos después un par de guardas entraron por la parte trasera del salón sujetando a una mujer desaliñada que traía esposas alrededor de sus tobillos y muñecas esqueléticas.

Carla sujetó a su hermana de la mano y se quedó mirando la silueta delgada y tambaleante de la mujer que atravesaba el salón buscando algo con la mirada, después sus ojos se toparon con los de Carla y todo pareció quedar en silencio.

La lluvia arrastraba la sangre en sus manos. Una voz le preguntaba algo, una linterna apuntaba a su pupila y dentro de la casa un alarido, un llanto.

La voz de los guardias diciendo que estaba prohibido el contacto físico desvaneció el recuerdo, los ojos de Carla volvieron a la mujer enfrente de ella encadenada a un gancho que sobresalía de la mesa. Los pliegues en el rostro de Isabel contrastaban bajo la luz grisácea que caía sobre ella, su piel era amarillenta y traslúcida, dejando ver los hilos verdes de las venas rodeando sus ojos con los que detallaba fijamente a Carla, sin expresión alguna, hasta que desvió la mirada hacia Samanta que la miraba con algo de temor.

—Te recordaba más pequeña... Pero..., sigues teniendo esos hermosos ojos redondos y cafés —dijo Isabel con la voz entrecortada.

Carla dejó salir un suspiro y aclaró su garganta mirando al metal de la mesa.

—Como sabes, Samanta cumplirá nueve la próxima semana..., insistió en verte..., y bueno, solo no quería desilusionarla... —dijo Carla mirando fijamente a Isabel.

La mujer asintió con la cabeza.

—Hola..., Mamá...

La mirada de Isabel se quedó fijada en la figura de Samanta que se aferraba a su hermana y un instante después una lagrima delgada se deslizó por la mejilla de la mujer que la secó con rapidez usando su hombro.

—¿Como estás mi pequeña?

La niña vaciló en decir palabra mirando primero a su hermana que la alentó a responder.

—Bien..., mami, pero..., te extraño...

—Yo también las extraño... —respondió la mujer mirando a sus hijas.

—¿Entonces por qué no vienes con nosotras? ¿Cuándo iras a casa...?

Las dos mujeres entrecruzaron la mirada un instante.

—Mamá tiene que arreglar asuntos aquí cariño..., cosas de adultos.

—Eso dice Carli... —dijo la niña bajando la mirada y luego volvió a mirar a la mujer—, pero ¿Podrías llevarme a la escuela algún día?

Los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas de un instante a otro y mientras la mujer intentaba secar su rostro las lágrimas seguían cayendo.

—Perdón, por favor... Deben perdonarme hijas...

Samanta soltó la mano de su hermana, dio un par de pasos rodeando la mesa y se aferró al brazo izquierdo de la mujer. Isabel se desmoronó sobre la pequeña. Carla se quedó mirando la escena, nunca había visto llorar a Isabel, ni siquiera cuando, paso aquello. Ahora parecía solo una anciana llena de nostalgias y culpas. Uno de los Guardias se acercó a la mesa indicándoles una vez más que estaba prohibido el contacto, y le ordenó a la niña volver a su asiento. La mujer abrió los ojos y los posó sobre su hija mientras esta regresaba al lado de Carla. Luego lanzó una mirada cortante al guardia.

—Es una niña..., pedazo de imbécil —susurró la mujer mirando al tipo, un segundo después volvió la mirada sobre Samanta y después sobre Carla.

—... Han pasado muchos años... Pensé que me habías olvidado. Pensé que ya nadie me recordaba.

Carla se acomodó la bolsa que colgaba de su hombro y se inclinó sobre la mesa, poniendo los codos sobre el metal.

—Quería que creciera lo más lejos posible de todo lo que paso esa noche..., pero es difícil olvidarlo todo.

La mujer cerró los ojos y asintió con una lagrima en su mejilla.

—Has hecho bien... Una nueva vida es lo que siempre quise para ustedes...

En ese instante uno de los guardas se acercó indicando que ya se había agotado el tiempo.

—¿Puedes traer a Sammy? quiero volver a verlas, por lo menos alguna vez.

La chica se levantó de la silla asintiendo con la cabeza sin fijar la mirada, mientras Samanta se despidió agitando la mano con una mirada de tristeza. Los detectives estaban estáticos en la entrada del salón, Dylan acababa un cigarrillo y Elmer no quitaba los ojos de la mesa donde ahora solo estaba la silueta solitaria de Isabel. Una rápida despedida de Carla interrumpió el gesto de Elmer que se despidió igual, viendo como la mujer

apresuraba su paso por el pasillo enlodado hacia la salida.

La mujer tras la ventanilla de la entrada hizo un gesto y los detectives se apresuraron hacia el interior del salón. Isabel miraba el metal brillante de la mesa con los ojos perdidos y húmedos.

—¿Isabel Thomson? —dijo Elmer colocándose a un lado de la mesa.

La mujer levantó los ojos, se quedó mirando al sujeto un instante y luego volvió al metal sin decir palabra. Dylan se sentó frente a la mujer con el cigarrillo en la mano, materializando la estela de luz que entraba por el techo.

—Le haremos unas preguntas... Verá, sabemos que usted podía darnos información sobre...

—Largo..., no me interesa —dijo la mujer poniéndose de pie y haciendo un gesto a los guardias.

—Es una investigación policial y usted nos dirá lo que queremos saber —dijo Elmer con un tono cortante, acercándose aún más a la mesa.

La mujer volvió la mirada y se quedó mirando al policía un instante, con los ojos inexpresivos.

—Hombres..., creen que siempre pueden venir y tomar lo que quieran de nosotras. Yo te digo..., oblígame policía.

El sujeto y la mujer mantuvieron la mirada fija unos instantes en completo silencio.

—... Terminó la visita —concluyó Isabel.

Los guardias se acercaron, soltaron las esposas de la mesa y se llevaron nuevamente a Isabel por donde había venido. Los detectives se quedaron en la mesa un instante, luego Elmer caminó hasta la salida del salón y Dylan lo siguió.

—¿Que rayos le sucede a esa anciana...? —comentó Dylan de camino a la salida del penal, Elmer no mencionó palabra.

La calle se extendía completamente desértica con el asfalto rajado, húmedo y cubierto de hierba. Había postes tumbados en la acera, y junto a ellos muchas personas apiladas y empapadas por la lluvia, aspirando dentro de botellas a medio llenar de una sustancia densa y amarillenta.

—Debemos descansar —dijo Elmer.

—Solo necesito un café...

—No tienes que impresionar a nadie novato. Incluso en el primer día se duerme un poco, de hecho, es mejor el primer día, cuando aún no tienes pesadillas.

—¿Usted tiene pesadillas?

—A veces.

Dylan se quedó en silencio y siguió caminando hacia el auto, mirando a Elmer un paso delante de él.

—¿Dónde vives? —preguntó Elmer.

Dylan señaló el horizonte rectilíneo de la avenida enfrente de ellos.

—Un apartamento en el norte —respondió el detective.

Elmer le echó una mirada a Dylan y devolvió la mirada hacia el frente.

—Un niño rico queriendo ser policía..., eso sí es nuevo para mí.

—El dinero no es tan importante, teniente —dijo Dylan encogiéndose de hombros.

Elmer se quedó mirando a las personas en la otra acera. Tal vez debería decirle eso a aquella gente.

—... Prefiero ayudar a la ciudad..., hace falta gente que haga lo correcto —concluyó Dylan.

—Lo correcto..., por supuesto... —comentó Elmer después de una pausa en silencio y luego abrió la puerta del auto— Vivo al Oeste, puedo adelantarte hasta el centro.

Dylan asintió y subió al auto.

El sol había emblanquecido el cielo y la lluvia ennegrecido el asfalto de la avenida 12 que rebosaba de autos rechinando pitidos. Cuando los detectives llegaron al centro los andenes estaban atestados de paraguas y siluetas que caminaban de forma mecánica a lo largo de las calles llenas de comercios, vendedores y anuncios que se iluminaban aun de día.

—Supongo que ahora que la vieja no ha querido hablar iremos a la

dirección de Anderson.

—Es lo que tenemos. Te esperare a las cinco, hay un café en la esquina de esa dirección.

El joven detective asintió, se despidió y bajó del auto en dirección a un paradero de buses que se dirigían al norte. El Chevy aceleró por la avenida y giró por la esquina siguiente. Un nuevo giro del volante llevó el auto a una calle aún más concurrida en el centro, el teniente paso de largo por el desvió hacia el Oeste y siguió por la carretera hasta que se detuvo en un andén cualquiera. Algunos autos se apilaban a lado y lado del asfalto y el resto transitaba en filas que avanzaban lentamente al ritmo de los semáforos.

Un sujeto de camisa larga, gorra y con las manos en los bolsillos estaba apoyado en la pared de una esquina a la entrada de un callejón. Otro sujeto de capucha gris se desvió de la multitud y se apresuró en dirección a la esquina. El sujeto levantó la mano mostrando algo en su antebrazo y se destapó la cabeza, los dos tipos chocaron sus puños, el sujeto de la capucha volvió a cubrir su cabeza y se introdujo en el callejón.

Elmer bajó del auto con las manos dentro de la chaqueta, esperó a que los malabaristas empezaran su acto bajo el semáforo. Una vez en la otra acera se dirigió en medio del tumulto hasta el callejón. El tipo en la esquina lo observó varios metros antes de que se acercara y el detective le mantuvo la mirada. El tipo estaba alerta y chasqueó los dedos, un par de segundos después aparecieron varios tipos más desde el callejón.

Elmer empuñó su mano derecha dentro de la chaqueta justo antes de llegar a la esquina y un minuto después se detuvo exactamente en frente de la manada de sujetos que tapaban el callejón. Uno de los tipos dio un paso al frente, pero se detuvo de inmediato al ver que el detective había sacado la mano de su bolsillo mostrando un puño tatuado en su antebrazo. Los sujetos se quedaron mirando la marca un poco borrosa y luego al policía, después de un momento la pared de músculos abrió paso hacia el callejón, el tipo al frente de Elmer extendió su puño y lo chocó con el puño del policía.

—Nunca te había visto en El puño —dijo uno de los tipos detrás de Elmer que lo seguían.

—Hace mucho no venía... —dijo Elmer.

El estrecho pasaje estaba lleno de tipos, barras y pesas rusticas, había grafitis y los edificios a cada lado dejaban entrar apenas un suave resplandor grisáceo. Elmer caminaba como si supiera exactamente a donde ir, mientras atraía la mirada de todos. Unos metros más adelante el

teniente abrió una puerta metálica a un lado del callejón y entró.

Un tumulto de personas bebía, reía y hablaban en medio del ruido de la música. Las chicas con los senos desnudos y las cinturas estrechas se agarraban de los brazos de los tipos en la barra mientras el alcohol seguía corriendo de mesa en mesa. La luz azul fluorescente resaltaba el sudor en la piel de las personas que rodeaban el centro del lugar; un octágono cercado por mayas metálicas en el cual dos tipos luchaban a mano limpia, moviéndose al ritmo de los gritos de excitación.

Elmer atravesó el lugar hasta llegar a otra puerta en el fondo, giró la manija y se introdujo al lugar en el cual no se filtraba el ruido del exterior. Varios hombres rodeaban una mesa donde tres tipos jugaban con naipes exhalando humo y bebiendo alcohol, Todos apuntaron sus miradas hacia el policía, los tipos de pie se alertaron y se apresuraron hacia Elmer.

—Vaya..., mírate, todo un detective...—dijo uno de los tipos en la mesa.

Los sujetos detuvieron su paso al escuchar la voz del hombre de barba puntiaguda y escaso cabello que dejó sus cartas sobre la mesa y que miraba a Elmer con una sonrisa y un cigarrillo en la boca.

—Ahora soy teniente, Chon...

—Y, aun así, sigues siendo un chiquillo perdido en la ciudad... —respondió el tipo.

El sujeto en la mesa invitó a Elmer a sentarse luego de que los otros tipos se levantaran. Una lampara colgante iluminaba el círculo tapizado en gamuza verde sobre el cual reposaban cinco picas.

—Ha pasado mucho.

—Quince años...

—Te has puesto viejo y pesado Elmer..., ¿Hace cuánto no tocas un saco?

—No soy el único, Chon..., no recuerdo que golpearas alguno desde antes que me fuera...

El sujeto dejó salir una carcajada exacerbando los muchos pliegues en su rostro y después los sujetos quedaron en silencio un instante.

—Y dime, viejo amigo ¿Que trae a un teniente hasta mi callejón?

—No estoy en servicio..., he venido por otro asunto —respondió Elmer acercando su rostro al centro iluminado de la mesa—. Me enteré de que hay un sujeto entre tus chicos que pertenecía al clan de la 12, y

necesito..., hacerle unas preguntas...

—¿El clan eh? Todos dicen que se han extinguido..., y ya era hora, esos pedazos de mierda se habían ganado el desprecio de las calles... Pero ¿Qué sucede con el chico?

—Sabe cosas que yo no sé, y que necesito saber...

—Es personal entonces...

—Lo es.

—Está bien, es nuevo, aun no es parte del Puño. Pero, conoces las reglas..., solo tus manos.

Elmer se levantó de la silla, sacó de su cintura una Glock que dejó sobre la mesa y después otra arma que sacó de la parte baja de su espalda, un 357 reluciente de cache marrón.

—Y algo más..., no quiero un cadáver en mi callejón..., ¿Está claro?

Elmer asintió y luego el tipo señaló una puerta al fondo de la instancia donde la luz de la lampara era solo un resplandor sutil. El detective cruzó la puerta y caminó a lo largo de un pasillo oscuro, Chon caminaba a su espalda hablando sobre lo difícil que estaba últimamente el negocio de las apuestas, después el tipo hizo un gesto indicando que se detuvieran. El sonido del sexo atravesaba la madera de la puerta, Chon dio un par de golpes que fueron seguidos por un silencio. Un minuto después las bisagras grujieron y un tipo de aspecto joven y cabello rapado apareció tras la puerta subiendo el cierre de su pantalón.

—¿Que hay viejo...? —dijo el tipo mirando a Chon parado en la puerta.

—Buena compañía, eh... —respondió Chon mirando a una chica envuelta en una diminuta manta sobre la cama—. Hay alguien que quiere hablar contigo.

El tipo hizo un gesto de sorpresa y preguntó quién. Elmer salió del marco de la puerta y enfocó la mirada directo a los ojos del tipo, hubo silencio por un instante y después el sujeto tras la puerta intentó cerrarla con fuerza, pero Elmer lo detuvo con una mano y con la otra sujetó al tipo por el cuello lanzándolo contra una pared.

—Suéltame.... ¿Qué mierda es esto...? —dijo el tipo.

Elmer mantenía al tipo presionado contra la pared sujetándolo con la

mano.

—Te haré dos preguntas y acabaremos rápido... ¿Dónde se oculta Cuervo? Y, ¿qué relación tiene el clan con las Madres de Ágora?

El sujeto lo miró y le lanzó un escupitajo que cayó en la solapa de la chaqueta. El detective le dio una bofetada al tipo girando su rostro, a lo que el tipo respondió escupiendo la sangre sobre la cerámica del piso y dejando salir una risa sutil.

—Persigues a un fantasma, y no lo hallaras... No te diré nada... La sangre nunca se traiciona.

Elmer tensó el rostro y asestó un puñetazo en el abdomen del tipo haciéndolo recogerse hasta caer sentado en el piso, mientras el detective se quitaba la chaqueta.

—Los más jóvenes lo hacen todo complicado... —dijo Chon, que se había quedado mirando desde la puerta—. Vamos preciosa, dejemos que los chicos hablen.

La mujer en la cama se levantó cubriéndose los pezones marrones y el bello oscuro de la entrepierna, corrió hasta salir de la habitación, y luego de echar un vistazo, Chon cerró la puerta.

Capítulo 5

Carla dejó caer la ceniza en el pequeño espacio cóncavo de cristal sobre la mesa y luego volvió a poner el cilindro en su boca avivando el fuego en la punta. Algunas gotas de sudor aun recorrían sus pezones oscuros y pequeños.

—Entonces..., ¿Cómo te fue con tu madre...? —preguntó el tipo con el torso desnudo y el resto del cuerpo envuelto en una sábana.

La mujer llevó la mano en la que tenía el cigarrillo hasta su cabeza y se quedó mirando la ventana llena de matices grises y amarillos que caían sobre el cristal. Los pitidos de los autos parecían un eco lejano, mientras el segundero de un reloj de madera tallada, colgado en la pared, resonaba a cada paso.

—No quiero hablar de eso... —respondió la chica levantándose del borde de la cama y envolviendo sus senos en la sábana satinada que la cubría.

—Pensé que si..., pero, como quieras. ¿A dónde iras ahora? —preguntó el tipo encendiendo un cigarrillo que tomó de un nochero cercano adornado con lámparas de porcelana.

—A casa, dejé a Samanta con la niñera y debo volver a tiempo para ir a la oficina...

Carla se había inclinado sobre el suelo de madera barnizada y había tomado su móvil.

—Aburrido... Quédate, fumemos unos cigarros mientras cogemos toda la tarde.

La mujer dejó salir una risa sutil, giró los ojos y se quedó mirando al sujeto en la cama, y luego se dio una palmada en la frente.

—¡Mierda...! Lo había olvidado... La reunión... Debo irme —dijo la mujer recogiendo prendas de ropa del suelo.

—¿Reunión? —dijo el tipo con los ojos perdidos en el humo que dejaba salir por su nariz.

—Reunión..., hoy, a las seis, Albert lo informó hace una semana —respondió la mujer mientras introducía una pierna en el pantalón.

—Ah..., a la mierda eso..., quédate, hablare con él..., para algo debe servir que te cojas al jefe de tu jefe...

Carla se quedó en silencio un instante, dejó salir una bocanada de aire antes de lanzarle una mirada al tipo.

—No..., no es necesario, Daniel —concluyó la mujer mientras encajaba sus pechos puntiagudos en la silueta de un sostén.

Daniel aplastó la punta del cigarrillo contra la cabecera de la cama y se quedó mirando la espalda desnuda y repleta de lunares de Carla.

—Como quieras.

El tipo se puso de pie y empezó a colocarse unos jeans. Carla se colocó la blusa y empezó a arreglar su cabello.

—Ayer renunció Lety..., a mitad de la noche... ¿puedes creer? —dijo la mujer desde el borde de la cama, aun de espalda al tipo.

—Ah, ¿si...? Y..., ¿quién era...?

—Estaba junto a mi cubículo..., era una de las mas antiguas, como de unos..., olvídale..., solo me pareció extraño.

—Le llevo las finanzas a ese lugar hace algunos meses, y han renunciado una decena desde entonces..., ¿qué es lo extraño?

—Sí, pero..., ¿por qué a esa hora...? Era casi media noche.

El tipo se levantó ajustándose el cinturón y después miró a la chica.

—Tal vez se ganó la lotería..., o que se yo...

La mujer le dedicó una mirada con desdén y terminó de arreglar su cabello. El tipo se sonrió y le guiñó un ojo tomando unas llaves y una tarjeta de habitación de la mesa de noche.

Capítulo 6

El sonido de un martillo hidráulico llenaba la cabina del auto, mientras el aroma de los exostos entraba por las ventanillas abiertas. Elmer había estacionado al borde de una calle, junto al café de la esquina. Su mirada se había quedado fija en el espejo. Esa mirada otra vez. ¿Culpa? Tal vez ira, otro perro del Clan que no hablaba. El policía extendió la mano y tomó el vodka de la guantera, dio un sorbo y después exhaló. Quitó la mano del volante y la asomó por la ventanilla, y después de otro sorbo echó un poco del licor sobre sus nudillos. El licor se mezcló con la sangre en la piel y cayó sobre la acera.

5:13. Elmer volvió a beber de la botella, metió la mano en la guantera y sacó una foto junto a un papel plegado de forma rectangular. En la foto una mujer de cabello castaño sonreía mientras se ajustaba una chaqueta de la policía. Un sorbo más. Susan Grey. Elmer miró el papel, lo tomó con ambas manos e intentó desdoblarlo, pero desistió al instante, su ojo derecho parecía haberse humedecido. Dylan apareció al otro lado de la calle, el detective se había cambiado la camisa de mangas largas, y ahora traía una chaqueta de cuero marrón. La foto y papel volvieron a su lugar mientras el detective cruzaba la calle.

—Llegas tarde... —dijo Elmer sin mirar al detective que había entrado por la puerta del copiloto.

—La 12, teniente... ya sabe como es...

Dylan se quedó mirando a su compañero. Se veía peor que cuando lo dejó en la mañana. Pasó los ojos por la guantera y miró el licor, luego los nudillos de Elmer sobre el volante. Aclaró su garganta y volvió los ojos al panorámico. Elmer se había quedado estático. Dylan sacó un cigarrillo de su chaqueta, lo encendió con una cerilla y después la tiró por la ventanilla.

—¿Todo Bien, teniente...?

Elmer lo miró, dejó salir una risa que se notó fingida y giró la llave encendiendo el motor.

—De maravilla.

—No parece haber dormido...

—Me gusta dormir en el auto —respondió Elmer mientras avanzaba por la calle.

La ciudad se había tornado purpura. El sol se ocultaba tras los edificios lejanos del centro, y la tarde pintaba de magenta las nubes. Un par de esquinas más adelante los tipos llegaron a un edificio con la fachada envejecida y sucia, un anuncio fluorescente rotó fungía de adorno sobre la entrada.

Los policías llegaron hasta la portería y no encontraron a nadie, parecía que el lugar había estado vacío hacía tiempo, pues el polvo tapizaba la ventanilla. Decidieron subir después de unos minutos en el lugar. Algunas escaleras iluminadas por focos que parpadeaban llevaron a los policías hasta el tercer piso, apartamento 02. Tocarón la puerta varias veces con fuerza, pero nadie respondió.

—Hazte a un lado.

—¿No pensara...? —contestó Dylan con las manos en los bolsillos de su pantalón.

Elmer le echó una mirada al detective y después dio un paso atrás.

—No tenemos una orden, teniente.

Elmer se lanzó contra la puerta y la lámina de madera se dobló arrancando la cerradura del marco.

—La puerta estaba abierta..., entramos a revisar que todo estuviera bien, tranquilo muchacho.

Dylan inhaló del cigarrillo y se quedó mirando al teniente entrar al lugar.

El lugar estaba oscuro, solo se notaba un sutil resplandor verdoso que provenía de las paredes pintadas de ese color, en donde se reflejaba un haz de luz que se escabullía entre los cristales de la ventana. Un sofá ocupaba el centro de la sala que terminaba en un pasillo que giraba a la derecha. En cada pared había un crucifijo y en cada mueble la figura de un santo en porcelana. Elmer se adentró en la sala, detallándola, y un fuerte ruido provino de la cocina. Los tipos desenfundaron sus armas y apuntándolas al suelo empezaron a caminar por el pasillo. Unos pasos más adelante un gato gris salió de la cocina corriendo y pasó entre las piernas de los detectives, Dylan suspiró.

Elmer le indicó a su compañero que revisará la cocina mientras el revisaría la puerta a mitad del pasillo, la cual no tenía seguro. El detective entró

intentando encender la luz, pero el interruptor estaba atascado. Fue hasta la ventana y abrió las cortinas. Mas figuras religiosas en la pared conformaban la decoración. Las sábanas estaban desacomodadas y había ropa interior y tacones por todas partes, una fragancia frutal se había asentado en el aire. Un pequeño libro debajo de un cenicero repleto resaltó entre el resto de los papeles sobre el nochero, Elmer lo tomó y lo abrió en una página cualquiera.

"17-04-2013

Esto es lo que nos espera a los que vivimos en el infierno, escuchar nuestros lamentos en las tardes y el lamento de los que perdimos en las noches. Malditasea diario, hoy es otro de esos días en los que lo he vuelto a perder todo... Javier se ha ido. Pero que estúpido es para una puta pensar en el amor ¿no? Al final los billetes son más fáciles de encontrar. Estoy harta de la mierda y el bar, he dejado caer unas cervezas y me lo han quitado del pago. Una de las meseras ha tenido una niña. Me causó nostalgia porque me acordé de él. Mi pequeño, tal vez nunca me perdone por dejarlo en ese sitio, pero lo recuerdo cada día y le pido al cielo que esté bien...

L. A. "

—No hay nada en la cocina, teniente..., revisé el baño también..., y solo hay pastillas —dijo Dylan interrumpiendo la lectura.

—¿Prescripción? —respondió Elmer guardando el libro en su chaqueta.

Dylan negó con la cabeza.

—Frascos sin etiqueta —concluyó Dylan.

Los sujetos detallaron el lugar por unos instantes. Elmer terminó de revisar los papeles del nochero y después salieron de la habitación hacia la sala. En frente del sofá había un hombre de pie, mirándolos. Los detectives levantaron sus armas y el tipo levantó las manos.

—No, no..., por favor..., esperen ¿qué es esto?

Los detectives se acercaron y rodearon al sujeto. El tipo tenía un overol oscuro sobre una camisa manchada al parecer con pintura. Casi no tenía cabello, y su rostro se notaba arrugado, era un tipo viejo. Tenía una verruga en la punta de la nariz.

—¿Quién es usted? —preguntó Elmer apuntándole al tipo.

—El dueño del lugar..., escuché un ruido y vine a ver si Lety estaba bien.

Los detectives bajaron sus armas.

—¿Es el nombre de la mujer que vivía aquí? —preguntó Dylan.

—Lety Anderson..., sí. Vive aquí. Es la única en el edificio, a decir verdad.

Elmer sacó su placa y guardó el arma.

—Elmer Klein teniente de la policía. No vimos a nadie en la recepción así que subimos.

El hombrecillo de edad cambió la tensión en su rostro y rio entre dientes.

—Sí, es que no hay recepción. Como le digo, aquí solo vivimos la Señora Lety y yo, que vivo en el piso de arriba. Pero ¿qué sucede, oficiales?

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Lety Anderson? —preguntó Elmer.

El sujeto se quedó pensativo un segundo.

—Ayer, a eso de las cinco de la tarde cuando salía para su trabajo.

—De 40, caucásica, cabello marrón, 1,70. ¿Es ella? —preguntó Dylan.

—Sí, esa es Lety.... Toda una hermosura. Pero ¿Pueden decirme que sucede...?

Dylan guardó su arma también y se quedó mirando a Elmer.

—Verá —dijo Elmer—, sospechamos que la mujer que vivía aquí fue asesinada esta madrugada al otro lado de la ciudad, y estamos investigando ¿Sabe usted de alguien que pudiera hacerle daño? ¿Deudas? ¿Alguna relación difícil? ¿Drogas?

El tipo se quedó en silencio un instante. Como si la idea de que había escuchado mal pasase por su cabeza.

—¡Oh! Santo cielos.... —el tipo puso un gesto de asombro y luego volvió a mirar a los policías— No..., no se me ocurre quien le haría daño a Lety, ella no hablaba mucho, nunca tenía visitas... Era una buena mujer, algo distraída tal vez, pero había vivido aquí los últimos 4 años..., y parecía tener una vida normal.

—¿Sabe si tenía familia? Amigos, trabajo...

—Sé que se casó, pero no funcionó y el tipo se fue hace un par de años. No sé nada más de su vida...

—Mencionó que iba al trabajo ayer a las 5... ¿Sabe donde trabajaba?
—preguntó Dylan.

—Sí..., Lety trabajaba de noche, en una central telefónica a las afueras de la ciudad. Food, se llama el edificio.

Los detectives echaron un último vistazo a la sala antes de disponerse a salir.

—Edificio Food..., bien, eso servirá.

Los detectives se despidieron agradeciendo la información, y dejaron al tipo en medio de la sala. Salieron rápidamente de la edificación y subieron al auto repleto de las primeras sombras del anochecer.

Carla había cerrado los ojos más de un par de veces en la sala de juntas del primer piso. Alguien hablaba al frente sobre estadísticas, horarios y generalidades. Había pasado mas de una hora, la mujer miró su móvil, 7:12. Vaya perdida de tiempo.

Elmer y Dylan entraron por la puerta de cristal, en la entrada había varias ventanas que miraban a oficinas desocupadas, más adelante se detuvieron en la recepción que estaba vacía. Los policías echaron un vistazo a su alrededor y por el pasillo a la derecha apareció un tipo de contextura gruesa, poco cabello y ropa elegante. El tipo parecía llevar prisa, caminaba mirando al móvil. Los policías se quedaron estáticos en el pasillo que daba a la salida, hasta que el tipo levantó la mirada y se topó con ellos.

El tipo los miró con recelo y guardó el móvil. Se detuvo a mitad de camino mirando a los policías y luego se acercó.

—¿Se les perdió algo por aquí...? —dijo el tipo una vez llegó a unos pasos de los policías.

—Elmer Klein, Dylan Matte, detectives de la policía..., necesitamos hablar con quien esté a cargo.

El tipo miró el rostro de ambos sujetos, y después metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Soy el gerente —dijo el tipo levantando la barbilla— ¿Díganme, que

busca la policía aquí?

Elmer se quedó mirando al sujeto, con los ojos afilados.

—¿Conoce a Lety Anderson? —preguntó Dylan.

El tipo se quedó en silencio, se aclaró la garganta y miró a los policías con intriga.

—Trabajaba aquí..., ¿por qué? —respondió el tipo.

Los detectives se miraron.

—¿Trabajaba...?

—Renunció ayer...

—¿Tubo algún problema? ¿Dijo porque se iba?

—Ni idea, solo se largó —contestó el tipo e hizo un gesto de la mano.

—¿A qué hora fue eso? ¿Usted recibió la renuncia? —preguntó Elmer.

—¿Es un interrogatorio...? No tengo tiempo para esto...

—Responda la pregunta... —intervino Dylan.

El tipo miró a los policías con un gesto de desprecio.

—Ayer en la noche, pasó por mi oficina justo cuando yo iba de salida y me entregó su renuncia... Mal agradecida e inoportuna.

—¿A qué hora dice que pasó esto?

El tipo hizo un nuevo gesto de hastío.

—Después de las diez..., más o menos..., ¿Qué es todo esto...?

Elmer pasó los ojos por el lugar y después se quedó mirando al tipo con atención.

—Lety Anderson fue asesinada anoche, hallamos su cuerpo en un callejón.

El tipo se quedó en silencio y con los ojos cristalizados.

—Vaya, mierda... Eso es terrible...

—La mujer salió de aquí poco después de las 10 según nos dice. Sin embargo, fue asesinada una hora después, cerca de las 11, y su cuerpo dejado en un callejón decenas de kilómetros de aquí. ¿Tiene alguna idea de cómo pasó eso? —preguntó Dylan.

El tipo se quedó pensativo un instante y luego miró a los policías.

—No tengo la menor idea... No pensarán que yo...

—Hasta ahora es la última persona que vio con vida a Lety, eso lo convierte en el principal sospechoso..., ¿a qué hora salió de aquí usted? Dijo que iba de salida —preguntó Elmer.

—Estuve aquí hasta después de la media noche, haciendo el papeleo...

—Papeleo, eh... ¿tiene como confirmar esa cuartada? —preguntó Elmer.

—No nos ha dicho su nombre, señor gerente —intervino Dylan.

—Albert..., mi nombre es Albert —dijo el tipo y echó una mirada al fondo del pasillo izquierdo—. Esperen un minuto, volveré con alguien que confirmara lo que les digo...

Elmer asintió con la cabeza.

Albert se alejó de los detectives caminando apresurado hacia el final del otro pasillo.

—¿Qué crees...?

Elmer miró a Dylan y se encogió de hombros, después volvió a pasear los ojos por el lugar, miró al techo y después se quedó apoyado en la recepción. Un par de minutos después regresó Albert acompañado de una chica, el tipo seguía caminando con afán, como apresurando a la mujer hasta que llegaron junto a los policías.

—Ella trabaja aquí, puede confirmar hasta que hora estuve aquí ayer.

Los detectives se quedaron mirando a la chica.

—Carla Thomson... Vaya, es una extraña coincidencia —respondió Elmer.

Carla observó detenidamente a los detectives y dejó salir una pequeña sonrisa.

—Vaya que es extraño, juraría que me siguen detectives.

—¿Se conocen? —preguntó Albert en medio de Elmer y Carla— en fin, no importa, Carla, ¿a qué hora te topaste conmigo anoche cuando salías al pasillo?

—A las dos de la madrugada más o menos. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

Elmer se quedó en silencio un segundo, miró a su compañero y luego volvió hacia la chica.

—Una mujer que trabajaba aquí fue asesinada —respondió Dylan—. Lety Anderson.

El rostro de Carla se emblanqueció y se llevó las manos a la boca.

—¿Están seguros...? Que horrible...

—Si, ya está confirmado, las huellas coinciden —dijo Elmer— Es el caso por el que visitamos la cárcel esta mañana, aunque su madre se negó a ayudar...

—¿Creen que Isabel conocía a Lety?

—Se conocían, y creemos que ella puede ayudar en el caso, tal vez si usted...

—No lo creo detective, Isabel y yo..., es complicado... —dijo la mujer mirando hacia las baldosas blancas de la pared— Pero, dígame ¿qué le pasó? ¿cómo sucedió esto?

—Seguimos investigando..., pero ¿hay algo que usted pueda decirnos de ella?

—Bueno, su lugar estaba al lado del mío..., pero, no se mucho de ella, era una mujer tímida, casi no hablaba. Ayer, cuando me encontré con Albert me dijo que ella había renunciado, lo que me pareció muy extraño, alguna vez me había contado que vivía sola y que este trabajo era lo único que tenía...

—Bien, bien, como pueden ver estuve aquí... Eso lo aclara todo... ¿No?

—Tal vez —intervino Dylan—. ¿Sabe si alguien más pudo salir con ella del edificio? Lety vivía muy lejos de aquí, tal vez alguien se ofreció a llevarla... Un guardia, algún otro personal...

—No es posible, en el edificio solo estábamos las otras chicas, que

permanecieron en sus lugares, y yo.

—¿Tiene la grabación de esa cámara? —interrumpió Elmer señalando una cámara que miraba hacia la puerta de salida.

Albert miró el dispositivo y volvió a mirar al policía.

—Es un sistema remoto. Necesitará una orden y cuarenta y ocho horas para poder acceder a esas grabaciones

—Bien. Tengo una pregunta más..., Dice que trabajan en lugares cercanos..., ¿es posible que la escuchara hablar con alguien sobre algo en particular que pueda servir para la investigación? Tal vez, escuchó si salía con alguien...

La mujer se quedó en silencio, con un gesto de remembranza en el rostro.

—No, no recuerdo algo así, teniente.

El detective sacó un par de tarjetas de su chaqueta y las extendió hasta Albert y Carla.

—Llamen si saben o recuerdan algo más... O si usted logra hablar con su madre —concluyó Elmer mirando a Carla.

Albert recibió la tarjeta y despidió a los detectives, quienes a su vez se despidieron de Carla. Los dos sujetos salieron del edificio. A lo lejos se podía apreciar el cielo iluminado de la ciudad. Aquella era una zona más bien rural, el cielo era un poco más oscuro y solo las luces de los postes en la carretera iluminaban las zonas verdes y solitarias. El móvil de Elmer sonó varias veces hasta que el detective contestó mientras caminaban hacia el auto. La llamada duró unos segundos. La expresión de Elmer cambió de inmediato, guardó el móvil y apresuró el paso hacia el estacionamiento.

—¿Qué sucede? —preguntó Dylan tratando de mantener el paso.

—Debemos llegar a la avenida Dream de inmediato... Esto acaba de empeorar...

—Pero... ¿qué pasó?

—Asesinaron a Jenny al-Ásad, hace media hora en su edificio...

Capítulo 7

La ciudad había despertado de su letargo diurno, la noche apenas empezaba. El departamento central de la policía había acordonado la entrada del edificio y la prensa apuntaba sus cámaras desde las cintas amarillas, encandilando la fachada de cristal. Un par de técnicos sacaban una bolsa negra sobre una camilla y mientras atravesaban el umbral Elmer se había quedado mirando a un par de pasos, esperando para entrar, y luego se apresuró hacia la recepción.

—Martínez, ¿Qué pasó? —preguntó Elmer al agente que vigilaba la escena de la entrada, luego de pasar los ojos por toda la instancia.

—Entraron disparando, pobre celador..., fue una muerte fulminante —dijo el agente y luego miró hacia una gran mancha de sangre esparcida en la pared blanca de la recepción. Sobre el tapizado de lana había solo un casquillo.

Las luces del techo recubierto de yeso blanco estaban encendidas, llenando de un tono blanco e intenso toda la instancia. El oleo de una paloma blanca en vuelo, colgado sobre la pared tras el recibidor, había sido salpicado de sangre. La voz de una reportera hablaba desde un pequeño televisor sujetado de la pared; el noticiero transmitía el homicidio de Jenny Al-Azad.

—¿Y la mujer...? —preguntó Dylan con las manos en los bolsillos del pantalón.

El agente señaló hacia arriba con un gesto de la cabeza. Los detectives pasearon los ojos por la escena una vez más y luego se apresuraron hacia el ascensor.

La puerta del apartamento en el octavo piso estaba abierta, algunos técnicos forenses entraban y salían. Elmer y Dylan entraron. Todo estaba revuelto, los muebles de la sala estaban tumbados y las pinturas caídas. Una alfombra gris en el centro de la escena sostenía el cadáver. La sangre enlagunada rodeaba el cuerpo de la mujer que yacía con las piernas flexionadas, el rostro ceñido y los ojos abiertos apuntando hacia el techo. El líquido rojo aun brotaba de los agujeros en su torso. Elmer se quedó mirando a la mujer muerta. La muerte hace lucir fatal a cualquiera.

—¿Qué opina...? Su teoría parece tener más sentido ahora —dijo Dylan sin

sacar las manos de los bolsillos.

—Puede ser... —respondió Elmer sin quitar los ojos de la mujer.

—Nueve impactos de 38. Murió de inmediato, hace menos de una hora —dijo Brayan, el forense, acercándose desde el fondo de la instancia, a su lado venía el mayor Saimon fumando un puro que lucía muy oscuro, Elmer se quedó mirando al mayor fijamente—. Los testigos en la calle dicen que unos tipos vinieron en camionetas, y que tenían mascarás blancas... Ha sido el Clan, eso dicen todos...

—Aún no hay nada... —dijo Saimon botando el humo denso por la nariz—. Es solo una teoría..., habrá que verificarlo.

Los cuatro sujetos estrecharon las manos y luego volvieron la mirada al cadáver.

—Este lugar tiene cámaras..., podemos buscar...

—Descuida —intervino Saimon sin quitar los ojos del suelo—. Ya me he hecho cargo. Un par de detectives vienen en camino... Si la teoría es cierta y fue el Clan, tengo un equipo siguiéndole la pista a esos malnacidos ¿recuerdas...? Así que..., este es su caso.

Elmer intentó replicar de inmediato, pero fue interrumpido.

—Matte, ¿qué tal el teniente... eh? ¿Ya se llevan bien...? —preguntó Saimon mirando a Dylan.

El joven detective se quedó en silencio un instante, miró a Elmer y luego volvió a mirar a Saimon.

—De hecho..., excelente, mayor... —respondió Dylan.

Elmer pasó los ojos una vez más por la escena y luego dio la espalda rumbo a la puerta, sus ojos se toparon con los pedazos de un sobre de carta delimitados por notas forenses junto a la puerta.

—¿Se marchará, teniente...? —dijo Saimon a la espalda de Elmer.

—Tengo un caso que resolver —respondió el detective sin detener el paso y con el tono cortante.

Dylan se despidió rápidamente y salió siguiéndole el paso a su compañero. Los dos salieron del edificio, la prensa no había dejado de hacer preguntas y las reporteras, sobre sus tacones altos, hablaban frente a las cámaras. Elmer abrió la puerta del Chevy y se quedó mirando a través del

panorámico del auto luego de meter un chicle en su boca.

—¿No debería ser nuestro este caso? —preguntó Dylan.

Elmer se acomodó en el asiento y subió los cristales.

—Escucha..., creo que ya sabes, como yo, que Lety fue asesinada por el Clan, esto lo confirma. Ahora, ni una palabra ¿recuerdas...?

—Pero...

—Solo diremos que un amante psicópata es nuestra mejor hipótesis... ¿Está claro?

Dylan se quedó mirando al teniente y luego volvió la mirada hacia el panorámico del auto. Buscó un cigarrillo y lo puso entre sus labios.

—¿Es por el mayor...? ¿Pasa algo...?

Elmer se quedó en silencio, se inclinó hacia al frente y apoyó las manos sobre el volante.

—Solo no digas ni una palabra del Clan.

Dylan encendió el cigarrillo y dejó la mirada en la avenida, manteniendo el silencio un par de minutos.

—Sí es como parece, y es el Clan... Es un poco extraño..., por qué ¿cómo supieron de la periodista?

—La carta —respondió Elmer.

Dylan hizo un gesto de duda.

—..., Jenny dijo que Lety le enviaría una carta contándole todo sobre las Madres de Ágora... Supongo que el asesino sabía de la carta y esperó hasta que la mujer la recibiera, y luego ató todos los cabos...

—Pero entonces..., eso nos conduce a las Madres de Ágora, no al Clan.

—Tal vez a los dos. Creo que el Clan tiene secretos y Lety los sabía, por eso la eliminaron... Y supongo que las Madres tienen que ver con esos secretos.

—Entiendo..., podría ser.

—Tenemos que saber que carajos tiene todo esto que ver con las Madres,

y como el Clan dio con Lety. Así llegaremos al asesino...

Elmer se quedó mirando hacia la avenida. Otra muerte, una más de la noche, una mujer; lo cotidiano. Una periodista famosa muerta hacia una hora por hombres enmascarados. Cuervo debía estar cerca.